

## CAPITULO XIII

INMANENCIA EN LA HISTORIA DEL PENSAMIENTO DE SERVET

La importancia del pensador español y de su obra nos mueve á resumir cuanto hemos dicho en el capítulo anterior y á considerar cómo trasciende todo el pensamiento de tan claro sabio á las edades que le han subseguido y heredado. Sabido es que Servet, por su raza y familia pertenece al reino de Aragon, por su cuna y nacimiento al reino de Navarra, por su primera educación á Villanueva y Zaragoza, por su educación superior á la Universidad tolosana, por su gloria y nombre á toda la nacion española, pues se ufana con tener este astro de primera magnitud en sus espléndidos cielos, por los servicios prestados, por los descubrimientos hechos, por las ideas esparcidas á toda la humanidad y á todo el planeta. Uno de los mayores fisiólogos que tiene la ciencia contemporánea, el ilustre Carlos Vogt, ha llamado á Miguel Servet, el primer sabio de un siglo tan ilustre y luminoso cual fué su siglo, en que tantas grandes almas, soles de la ciencia, brillaron y ardieron. Parece imposible que á los cuarenta y dos años hubiera sondeado los problemas teológicos y religiosos con la profundidad y la maestría de un Lutero y de un Calvino; hubiera ensanchado los horizontes de la geografía comparada en su maravilloso comentario á la obra de Tolomeo; hubiera de tal suerte aprendido la medicina que sus manos parecieran manos milagrosas á los débiles y á los enfermos; hubiera fundado, por sus conocimientos en las lenguas orientales y clásicas, la exégesis bíblica en que luego se han distinguido tanto las escuelas germánicas; hubiera descubierto secretos en los cuales y por los cuales, se ha venido al conocimiento de la fisiología y de la anatomía moder-

na, dejando en todas las esferas donde penetrara desde su mocedad, así en el terreno de la historia como en el cielo de la metafísica, estelas indelebles, cuyo resplandor durará tanto como pueda durar el humano espíritu.

En aquella inteligencia tan grande no podía menos de penetrar la tempestuosa revolución de su siglo. Servet no había nacido para quedarse inmóvil en la ortodoxia tradicional como esas almas vegetativas que se nutren de las cenizas encerradas en los grandes sepulcros históricos. En cuanto las dos alas de su pensamiento se abrieron, alzaronse á las cimas de la conciencia humana tal como relucía y relampagueaba en su tiempo. La tierra de Tolosa, no embargantes los tres siglos que habían pasado, guardaba rastros del antiguo movimiento herético designado en la historia con el nombre tradicional de guerra de los albigenses. Los franciscanos, en quienes el espíritu democrático de la Edad media palpitaba, tenían cierta independencia de la ortodoxia eclesiástica; é iniciaban así á las almas pensadoras en los horizontes de la herejía. Servet, sin pasar las angustias de Lutero, encontróse desde los comienzos de su iniciación plena y enteramente allá en los cielos de la nueva idea, guiado más que por el sentimiento y por la fe, por la razón y el raciocinio. La lectura de los libros santos á que consagró concentrada y perdurable atención toda su vida, lejos de mantenerle como á los demás reformadores en los antiguos conceptos teológicos, sugirióle una nueva idea respecto á la naturaleza de Dios y á las personas de la Trinidad Santísima. Partiendo como Lutero del estudio y conocimiento de las Escrituras, no se detuvo, no, como Lutero, en la explicación dada por el concilio de Nicea y sus principales doctores á la naturaleza y á la persona de Dios. Así no pudo entenderse con los reformadores, ni con Melancton en Alemania, ni con Bucet en Estrasburgo, ni con Ecolampadio en Basilea, ni con Calvino en París, llevándole tal disentiimiento á morir mártir de su fe bajo la severa dictadura calvinista en la ciudad de Ginebra.

Las ideas tienden como la luz á difundirse y á irradiarse. Recien descubierta la imprenta, las ideas tomaban la misma celeridad del relámpago para atravesar de conciencia en conciencia y recorrer los espacios infinitos de la humana mente. Servet publicó, pues, sus ideas sobre la Trinidad por Pascuas de 1532, cuando aun no contaba veintiun años. Esta publicación le



atrajo la enemistad implacable de todos los reformadores y le recluyó en los senos de la ciencia, donde podía entregarse al completo ejercicio de su libre pensamiento. La tierna despedida que le dirigió Bucet en aquellos días, parece, no la despedida de un amigo á otro amigo, la despedida mas alta y mas solemne de la teología tradicional á la ciencia pura. Por entonces redújose, durante seis años, al estudio de las ciencias geográficas y astronómicas, publicando en una librería de Lyon su inmortal comentario á la obra de Tolomeo. Corrigiendo pruebas y frecuentando cátedras, aquel espíritu sintético, tan vasto como profundo, para el cual todas las manifestaciones de la humana ciencia merecian idéntico interés, inclinóse á la medicina. El Doctor Champier fué su maestro, por lo cual Servet profesó siempre una devoción á la medicina griega de Galeno solo comparable al horror que profesó á la medicina semítica de los dos españoles Averroes y Avicena. Su vocación médica le llevó de Lyon á Paris, y ya en Paris, fué discípulo de Gunther, quien le alaba sin tasa en sus obras, y sucesor de Veslaa, con quien supo competir en el estudio de la anatomía y en la preparación de los cadáveres para las entonces comenzadas y reveladoras disecciones. En este punto, como si un hado fatal persiguiese con su sombra la luz de tan grande alma, hubo de pasar por el inminente peligro de ser quemado vivo. Contaba entonces veintisiete años y ya leía en cátedras públicas sábias lecciones de innovadora medicina. En estas conferencias, su razón personal, tan clara de suyo como de suyo era independiente su carácter, llevóle á criticar así las antiguas rutinas como los maestros rutinarios. Uno de los mas criticados fué Tagault, decano de medicina, quien jamás le perdonó la crítica, injuriándole por tanto con aquellas groseras injurias corrientes en los sabios de esta procelosa edad. Contéstole Servet en meditado opúsculo, y como deslizara ciertas ideas de sabor astrológico, requirióle el Parlamento por mandato de la Universidad para que diese de mano á tales creencias y pensara en los peligros á que lo exponían. Su amor á la medicina le llevó de Lyon á Paris y su deseo de practicar y ejercer tal ciencia volvióle á llevar de Paris á Viena. El arzobispo de esta ciudad, capital de varias diócesis, le habia oído en la Sorbona y le habia querido y admirado como le querian y admiraban todos cuantos alcanzaban la dicha de escucharle. En aquel retiro descubrió Servet la circulación de la

sangre; y en aquel descubrimiento encerró Servet su mayor título de gloria y su mayor timbre de sabiduría. Aunque le hayan disputado la prioridad de tal descubrimiento como le disputaron al piloto genovés la prioridad del descubrimiento de América, su nombre queda definitivamente hoy adscrito á esta revolución radical en los estudios fisiológicos, perfeccionada luego por el gran médico Harvein. Por eso debemos repetir lo dicho antes, que la invención fisiológica de Servet corre parejas en grandeza é importancia con la invención astronómica de Copérnico.

Los estudios médicos no le apartaban ni un punto de los estudios religiosos. La constante atención prestada por su inquieto espíritu á la Biblia, esclarecíale respecto á verdades históricas y teológicas de la mayor trascendencia. En su sentir no pueden aplicarse á Cristo las profecías mesiánicas de los hebreos. Penetrados estos de un estrecho espíritu nacional y mirando el Mesías á través de sus supersticiones de raza y de sus intereses de patria, no han podido comprender la naturaleza espiritual de Cristo, ni la universalidad de su doctrina, ni el ministerio sublime de su Redención, ni cómo el Salvador se levantaba por sus perfecciones á Dios, para levantar luego los hombres á su enseñanza y ejemplo hasta él mismo. Lo que mas le apartaba de la Trinidad á Servet era no encontrarla clara y distintamente en ningun versículo de la Biblia. La caída de Satanás, el pecado de Adán, todos los dogmas bíblicos adoptábalos por hallarlos en el texto vivo y manifiesto de la Escritura. Así, en cuanto encontraba en sus estudios y meditaciones alguno que antes no encontrara ó advirtiera, corregía todo cuanto iba diciendo. Y de aquí rectificaciones y aun contradicciones inexplicables, si no se atiende á su verdadero método. En su sentir Cristo, Hijo del hombre, naturaleza contradictoria como la nuestra, sujeto á la enfermedad y al error, habíase alzado á ser Dios por sus ideas y por su vida. Luego los hombres, imitándole, siguiéndole, realizando la perfección que habia él realizado y cumplido, parte por su propio albedrío y parte por la divina gracia, podían elevarse hasta ser como verdaderos Cristos. No hay, no, según el pensamiento y la creencia de Servet, ninguna criatura que sea consustancial con Dios ni con Dios co-eterna. El soplo que anima el aire vital, el calor que presta el fuego, la humedad de la nube, la cohesión de la piedra, la esencia de la idea, el misterio de la ins-



piracion, el motor del movimiento universal, todo eso es Dios, como Cristo es padre y hermano, señor y amigo, sacrificador y templo, ara y víctima, la luz de los cielos y el conjunto de las cosas, el espacio donde los orbes se mueven y el océano donde confluyen las ideas.

Tal doctrina contradecía toda la doctrina protestante. Servet, que lo sabía con certidumbre, trataba de ganar para su racionalismo místico al hombre que más podía influir en Suiza, en Italia y en Francia por la ciudad donde ejercía su dominio espiritual, á Calvino. Joven era cuando lo encontró en París, y muchos años se pasaron, más de diez y nueve, desde que le vió Servet en las albas de su juventud hasta que le volvió á ver en los arreboles de su muerte. En este tiempo sostuvieron una larga correspondencia por Calvino rota en cuanto se persuadió, en razón de la publicación del libro magno de Servet, que no podía por modo alguno disuadirle de sus arraigadas ideas. Hombre Calvino de su tiempo, dictador en un Estado democrático por su influjo moral y su saber, señoreando las conciencias, y por este señorío dirigiendo las voluntades, creyó que no le bastaba argumentar contra Servet, sino que debía extirparlo. Así, en su celo supersticioso, argumentó, contradujo, arguyó, delató, hasta que pudo, á guisa de un sayon romano y de un familiar inquisitorial, ofrecerlo como una víctima propiciatoria en aras de su fe. La muerte de Servet ha confirmado su inmortalidad y ha oscurecido el nombre ilustre de su implacable verdugo: tales son los grandes y definitivos desquites que toma la conciencia humana cuando pasan sus rápidos eclipses y da sus juicios definitivos en la historia.

La doctrina de Servet no se redujo en las llamas á un poco de ceniza que podía caber en el hueco de la mano, las doctrinas predicadas por Juan Valdés y sostenidas por Miguel Servet influyeron poderosamente así en las Iglesias protestantes de Suiza como en las Iglesias protestantes de Inglaterra. Jamás una hoguera detuvo una idea. Las grandes alas de los puros espíritus crecen sin duda en las cimas de los injustos suplicios. Después de inmolado Servet, creció la doctrina servetista en el seno de la tierra misma que había presenciado su terrible inmolación. De Suiza, de Italia pasaron las ideas servetistas al seno de Inglaterra. Esta nación que profesaba un protestantismo realista, reaccionario, propio de la orgullosa dinastía de los Tudores y de la

aristocracia que rodeaba con sus privilegios á tal dinastía, ya que no pudo tener dentro de sí misma la variedad de sectas y el adelanto de ideas producidos por el libre exámen, dejó á una Iglesia conocida con el nombre de Iglesia de los extranjeros el derecho que se había negado á sí misma. Y en esta Iglesia de los extranjeros, donde se reunían muchos italianos y españoles perseguidos en sus respectivas naciones, brotó y se organizó la doctrina unitaria, llamada de esta suerte porque sostiene la personalidad única de Dios.

Ocho años después de la muerte de Servet, multitud de fugitivos españoles celebraban su culto en una casa particular, culto que las gentes maliciosas confundían con maniobras y conspiraciones contra el rey de España. El sabio director de esta asociación, Casiodoro de Reina, dirigióse al obispo de Londres para conseguir lo que verdaderamente podía desvanecer estas sospechas y mostrar la rectitud de sus intenciones, el culto público. Reina tuvo por sucesor á Cipriano de Valera, y Valera tuvo por sucesor á Antonio de Corran, el cual, aunque originario de Sevilla, profesó en la Universidad de Oxford y perteneció al clero de San Pablo. Comunicábanse todos estos ingenios de nuestra estirpe y raza, con los ingenios de raza y estirpe italiana y holandesa como Aconcio y Hastein, los cuales sostenían que deben descartarse del cristianismo todos los dogmas inservibles á la perfección de la vida moral y á la consecución de la vida eterna.

Verdaderamente puede asegurarse que Ochino, el gran predicador italiano, representa en su patria un ministerio idéntico al representado por Servet en España. Su poderosa palabra, solo comparable á la palabra de Savonarola, rompió los estrechos moldes que contenían el protestantismo recién emancipado, lanzándolo en los espacios infinitos del pensamiento libre y de la razón pura. Nacido en Siena, poco después de la catástrofe de Florencia y del martirio de Savonarola; criado en la orden franciscana donde alcanzó aquel aroma de misticismo que nunca pudo separarse ni desasirse de su bendito espíritu; pasado desde los franciscanos á los capuchinos en pos de ideas más puras y de prácticas más severas que le dieron el aspecto de aquellos penitentes pintados más tarde por Zurbarán ó esculpidos por Alonso Cano; gran lector de Duns Escoto, el sutilísimo maestro, comentador de la teología católica y profeta con presentimiento indeliberado del moderno racionalismo,